

# Qué verde era nuestro Valle

♦  
CARLOS VÁZQUEZ-YANES

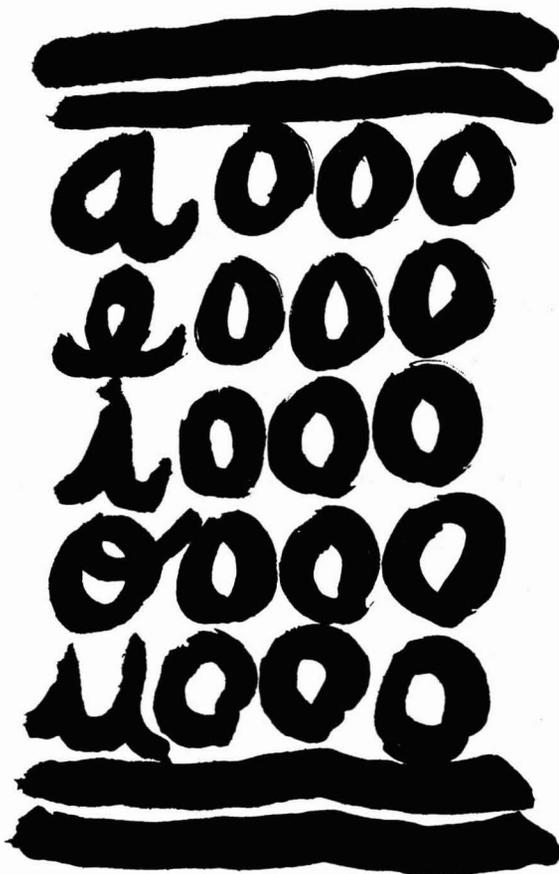
**E**l Valle de México está ocupado en la actualidad por un conglomerado urbano de gigantescas proporciones donde resulta muy difícil identificar elementos de la naturaleza original del paisaje. Las zonas habitadas trepan por todas las colinas de los alrededores del Valle y ya empiezan a cubrir los pies de las montañas más altas hacia el sur y el occidente de la ciudad. De la vegetación primitiva sólo subsiste la que cubre las cumbres más elevadas—apenas una pequeña fracción de ella—; sin embargo, diversas reconstrucciones del antiguo paisaje natural del Valle, anterior a su poblamiento, nos lo presentan como un lugar de excepcional belleza natural y gran riqueza biológica.

La cuenca endorreica del Valle contenía cinco grandes lagos comunicados entre sí. Actualmente, sobre sus lechos, ya en gran parte secos, se asientan ahora diversas zonas de la ciudad. También varios arroyos permanentes descendían de las montañas transitando a través de galerías de árboles hasta alimentar los lagos con su caudal. Estas corrientes de agua se encuentran ahora en su mayor parte entubadas o convertidas en vertederos de desechos.

La vegetación natural que rodeaba aquellos lagos y arroyos estaba en su mayor parte formada por extensos bosques de fisonomía diversa. La reconstrucción más completa de la apariencia y composición que debieron tener aquellos bosques la escribió el distinguido botánico doctor Jerzy Rzedowsky en 1975 y 1979. Según su descripción, el norte del Valle era más seco que el sur; la vegetación semiárida difería considerablemente de la del sur por su aspecto más bajo y disperso. Aún hoy es posible encontrar matorrales secos o xerófilos que contienen sólo arbustos y cactáceas como los nopales. Los ejemplares de esa vegetación con más parecido a auténticos árboles eran las yucas o izotes, posiblemente mucho más escasas ahora que en el pasado.

En los alrededores de la mayoría de los lagos y hacia la parte central, occidental y sur del Valle, se asentaba una flora formada por diversos tipos de bosques. Los árboles característicos de las orillas de los cuerpos de agua, como varias especies de sauces, ahuehuetes, algunos álamos, ailes o alerces, entre otras plan-

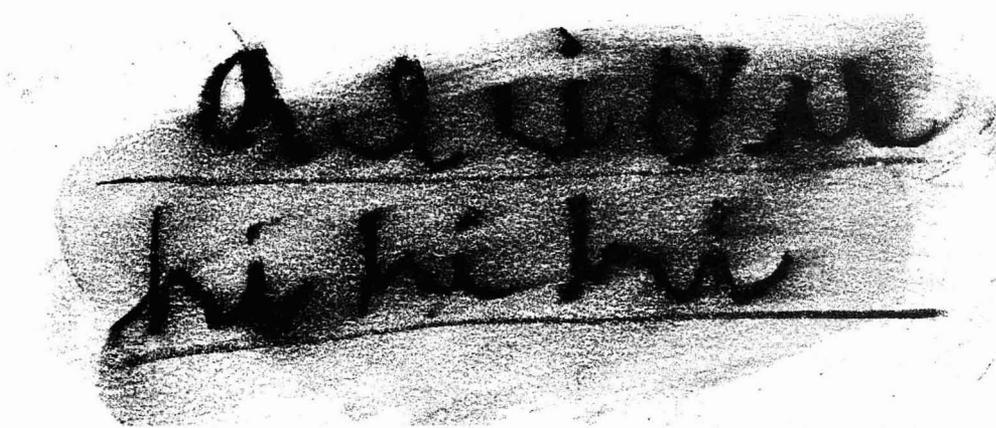
tas, bordeaban las playas lacustres y los arroyos y formaban bosques riparios y en galería, que colindaban con los bosques de tierra más firme. De esas florestas aún nos queda un importante número de ahuejotes, nombre local de los hermosos sauces de copa delgada y alargada que crecen cultivados por los campesinos para consolidar las chinampas, en lo que todavía subsiste del antiguo Lago de Xochimilco. En la época prehispánica, los ahuehuetes se cultivaron en Chapultepec y otros lugares, pero la mayoría de ellos ha muerto por la desecación del suelo. Los



ahuehuetes y los ahuejotes se han llegado a cultivar también en algunos parques y jardines modernos, aunque nunca son muy abundantes en ellos, pese a su gran belleza.

Las tierras más firmes y las laderas de las montañas alrededor de los lagos estaban ocupadas por combinaciones de cinco tipos de bosques principales, distribuidos de acuerdo con la altura de las pendientes y del microclima de algunas barrancas. En el orden de mayor a menor superficie cubierta por ellos, eran el bosque de encinos, el bosque de pinos, el bosque de oyameles (abetos), el bosque mesófilo de montaña y el bosque de enebros o juníperos. El de encinos era posiblemente el más característico del Valle y se extendía sobre las colinas y la parte baja de las montañas.

El Valle, como todo el resto del país, contenía muchas especies diferentes de encinos. Muchos de estos bellos árboles de oscuro y denso follaje seguramente llegaron a alcanzar alturas considerables, sobre todo en terrenos de suelo profundo, húme-



dos y protegidos de los vientos, y constituían florestas frescas y sombreadas donde moraba una gran diversidad de otros tipos de plantas, así como animales, todos los cuales en conjunto formaban un ambiente sumamente agradable y de gran belleza. Con los encinos convivían otras especies de árboles como ciertos pinos, ailes, fresnos, madroños, capulines y tejocotes; pero la mayor variedad de árboles se encontraba en las barrancas más húmedas donde se extendía el bosque mesófilo que, además de las especies antes mencionadas, comprendía el tecuáhuil, el limoncillo, el cuahu-chichic y otros árboles exclusivos de ese ambiente particular.

Desde la época prehispánica hasta principios del presente siglo, los encinos constituyeron la principal fuente de madera para producir carbón vegetal, que fue el principal combustible utilizado en los hogares y las industrias; por ello los encinares casi desaparecieron. Sin embargo, la sustitución del carbón vegetal por combustibles derivados del petróleo y por el gas está propiciando la recuperación de algunos encinares, sobre todo en algunas montañas del occidente del Valle.

En las zonas más montañosas abundaban y aún perviven los pinares, aunque ahora su extensión ya es muy reducida y se encuentran profundamente dañados y alterados por la tala y los incendios frecuentes inducidos por los campesinos, los excursionistas y algunas personas con padecimientos mentales des-

tructivos. Los pinares están formados por un cuantioso número de diferentes especies de pinos y en medio de ellos llega a haber también encinos, oyameles, enebros, ailes, madroños, capulines y fresnos.

Los magníficos bosques de oyameles, con su fisonomía de bosques de "árboles de Navidad", mal llamados pinos, recuerdan superficialmente a los bosques de abetos de la taiga boreal. Ellos cubren las montañas a alturas sobre los 2 700 metros sobre el nivel del mar y frecuentemente admiten en su seno otros árboles como pinos, encinos y ailes. Actualmente los oyameles existen en el Desierto de los Leones y otros parques nacionales. Estos bosques han sido el sostén de la industria papelera desarrollada en los alrededores de la ciudad, ya que el oyamel produce una madera excelente para la producción de pasta de celulosa. Desgraciadamente hoy en día los grandes grupos de oyameles comienzan a ser invadidos por zonas habitacionales y han sufrido el embate de plagas de descortezadores, al mismo tiempo que

los diezman los incendios, la tala clandestina, la contaminación atmosférica, el pastoreo de ganado y los daños causados por el tránsito humano frecuente.

En el fondo del Valle había varios tipos de vegetación no boscosa pero no por eso menos diversos. Entre ellos podemos mencionar la rica vegetación acuática de los lagos, ríos y zonas pantanosas, en la que destacaban los tulares, los juncales, las ninfas de hojas flotantes y

hermosas flores blancas y otras plantas flotantes de diversas especies como las lentejillas de agua. En los terrenos de suelos salinos cercanos al lago más bajo del conjunto, el de Texcoco, también crecía una flora peculiar de plantas resistentes a la abundancia de sales, como el romerillo y el chamizo y algunos zacates.

Mención especial requiere la flora del extenso y abrupto Pedregal de San Ángel, por su riqueza en especies únicas. El matorral que lo caracteriza se encuentra bastante bien conservado en la Reserva Ecológica del Pedregal, custodiada por la UNAM. En ella prosperan especies como el palo loco, la dalia silvestre, el tepozán, el tabaquillo o la mala mujer, el copalillo, algunas cactáceas y magueyes, orquídeas y muchas otras especies características de lugares rocosos. Recientemente nuestra Universidad ha publicado un interesante libro sobre la historia geológica, biológica y cultural de este mal país, editado por César Carrillo Trueba.

Dada la brevedad de este escrito no podemos describir con detalle las causas de la transformación radical del paisaje del Valle hasta su transformación en lo que tenemos en nuestros días. A los lectores que deseen profundizar en ello les recomendamos la obra de Exequiel Ezcurra, ecólogo e investigador universitario. Asimismo, a los lectores interesados en conocer la fauna de mamíferos

de la zona, les recomendamos la lectura del libro muy completo de los zoólogos Gerardo Ceballos y Carlos Galindo.

Durante los años en que el Valle de México ha estado poblado por seres humanos, la composición de especies vegetales se ha enriquecido con la llegada de plantas de otras partes del país y del resto del mundo. Sabemos que los pobladores indígenas de la región introdujeron diversas plantas de ornato o medicinales procedentes de otras áreas del país, pero es difícil determinar cuáles se encuentran actualmente integradas en forma natural a la vegetación espontánea. Respecto a los árboles, existe la sospecha de que el colorín podría ser una de ellas. Sabemos además que antes de la Conquista se propagaron activamente varias especies de árboles del Valle como los ahuejotes, los ahuehetes y posiblemente los fresnos.

Después de la conquista europea se intensificó la llegada de nuevos tipos de árboles al Valle, principalmente especies valiosas de frutales como los olivos, duraznos, manzanas, ciruelos y varios otros, si bien ninguno de ellos llegó a integrarse a la vegetación silvestre, ya que todos ellos, para implantarse, han de ser cultivados. Un caso distinto es el del por todos conocido árbol de pirú o pirul. Éste fue traído intencionalmente del Perú, posiblemente como una planta de ornato o medicinal, por emigrantes que se movieron hacia México desde aquel país en el siglo XVII. Ciertas aves diseminaron muy eficientemente las semillas de esa plata y crecieron espontáneamente con facilidad. De esa manera, hoy forman una parte importante del paisaje del Valle. Es posible que durante su expansión hayan desplazado árboles nativos que antes eran más comunes como las yucas y algunos encinos. En la actualidad los pirules también se utilizan como vegetación urbana en parques y jardines y se los emplea en medicina popular. Sus frutos se venden en los mercados como alimento de pájaros en cautiverio.

Por mucho tiempo los fresnos constituyeron los árboles plantados más a menudo en calles y jardines de la ciudad. Llegaron a adquirir tallas notablemente grandes en lugares como Coyoacán y Tlalpan. En el presente, su número ha disminuido mucho y se los sustituye con otros árboles como los álamos, que resisten mejor la contaminación atmosférica. En el Paseo de la Reforma, muchos de los fresnos originales han muerto y ahora abundan en él los álamos y los truenos.

Durante la dictadura de Porfirio Díaz el arbolado urbano experimentó un gran desarrollo y se crearon múltiples parques y jardines. Fue entonces cuando comenzó la introducción masiva de especies arbóreas exóticas de ornato. Destacan entre ellas las espectaculares palmeras de Islas Canarias que llegaron a abundar en varias hermosas avenidas. La mayor parte de ellas fue destruida cuando el imperio del automóvil terminó por apoderarse totalmente de la ciudad hace veinticinco años, merced a la construcción de los ejes viales. Otros árboles exóticos que ahora predominan en el paisaje urbano del Valle y también en muchas zonas rurales son eucaliptos, casuarinas, acacias y araucarias de Australia, cipreses de Europa, cedros templados de Asia, truenos y nísperos de Japón, jacarandas de Brasil, laureles de la India, ficus de Asia, los álamos plateados y de otros tipos de Europa y

los Estados Unidos, entre gran número de especies. Información mucho más detallada sobre el arbolado urbano puede obtenerse en las obras de Ismael López Moreno, Lorena Martínez González y Alicia Chacalo Hilu.

Sería maravilloso poder reconocer, recuperar y conservar áreas en el Valle donde aún se extienda la vegetación e imperen las condiciones naturales originales, como nuestra Universidad ha hecho con el Pedregal de San Ángel, de manera que todos los habitantes de la región presentes y futuros, tengamos a nuestro alcance aunque sea una pequeña muestra de la gran riqueza natural que antes existió en el lugar donde vivimos. ♦



### Bibliografía

- Carrillo Trueba C. (editor), *El Pedregal de San Ángel*, UNAM, México, 1995.
- Ceballos, G., y C. Galindo, *Mamíferos silvestres de la Cuenca de México*, Limusa, México, 1984.
- Ezcurra, E., *De las chinampas a las megalópolis: el medio ambiente en la Cuenca de México*, FCE (La ciencia desde México, 91), México, 1990.
- López-Moreno, I. R. (editor), *El arbolado urbano de la Ciudad de México*, UAM-A, Instituto de Ecología (Ciencia y Tecnología, 2), México, 1991.
- Martínez González, L., y A. Chacalo Hilu, *Los árboles de la Ciudad de México*, UAM-A, México, 1994.
- Rzedowski, J., *Flora y vegetación en la Cuenca del Valle de México. Memoria de las obras del Sistema del Drenaje Profundo del Distrito Federal*, vol. 1, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1975.
- Rzedowski, J., y G. C. de Rzedowski, *Flora fanerogámica del Valle de México*, Compañía Editorial Continental, México, 1979.